

VICTIMA
POR SU
GREY

VÍCTIMA
POR SU GREY

VIDA, VIRTUDES Y MARTIRIO
DEL

HERMANO CRISANTO

(Casimiro González García)

RELIGIOSO MARISTA

MARTIRIZADO POR LA HORDA ROJA
EN FONTDEPOU (LÉRIDA) EN 1936



INVITACIÓN

*T*RANSCURRÍA la primavera de 1937: primavera azarosa para los pueblos de España. Tronaba el cañón en los frentes de combate, como signo de una lucha a muerte entre los españoles dignos y los degenerados. Los secuaces del mal se complacían en derramar sangre inocente.

Allá en una zona montuosa de la provincia de Lérida, en cierto campo de mieses situado junto a un camino, llamaba la atención del viajero esta circunstancia: uno de los extremos del predio estaba sin cultivar. En él no crecían, lozanos, los verdes tallos portadores de fecundas espigas. Sólo alguna que otra amapola cabeceaba suavemente al paso del sutil viente-cillo. Esas amapolas, con su encendido color, eran todo un símbolo. Para serlo más, podrían haberse dado cita, en apretados manojos, sobre un alargado montoncito de tierra de apenas un palmo de elevación.

Debajo de aquella tierra no apisonada yacían, desde unos meses atrás, los despojos de un héroe que en aquel paraje solitario había hecho a Dios la ofrenda de su vida ejempla-

risima. Era el *Hermano Crisanto*: una de las glorias del martirologio marista.

Hubiera podido librarse de caer en manos de sus verdugos; pero, en su delicadeza de alma, se consideraba obligado a no desamparar al grupo de jóvenes que, dirigidos por él, se hallaban adiestrándose en los primeros ejercicios propios de la vida religiosa cuando estalló la tormenta revolucionaria. Antes que abandonarlos, prefirió morir.

Ya está, pues, explicado el motivo de que el propietario del aludido campo respetase como tierra bendita aquel rincón: temía profanar el suelo que había tenido contacto con un mártir.

Pero el martirio había sido tan sólo el coronamiento de una virtuosa existencia. Detén, lector, la vista en estas páginas, y en ellas verás, debajo de humildes apariencias, el sello augusto de la santidad.



UN HOGAR CRISTIANO

COMO bandada de palomas posada en un recuesto de las últimas estribaciones meridionales de los montes Carpetanos, tal se presenta a los ojos del viajero la villa de Torrelaguna.

Tiene nombradía secular. En ella vino al mundo una de las figuras más simpáticas de nuestra Historia: el gran Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros, regente del reino al morir D. Fernando el Católico.

Entre sus edificios se destaca la mole del templo parroquial, res-



La villa de Torrelaguna

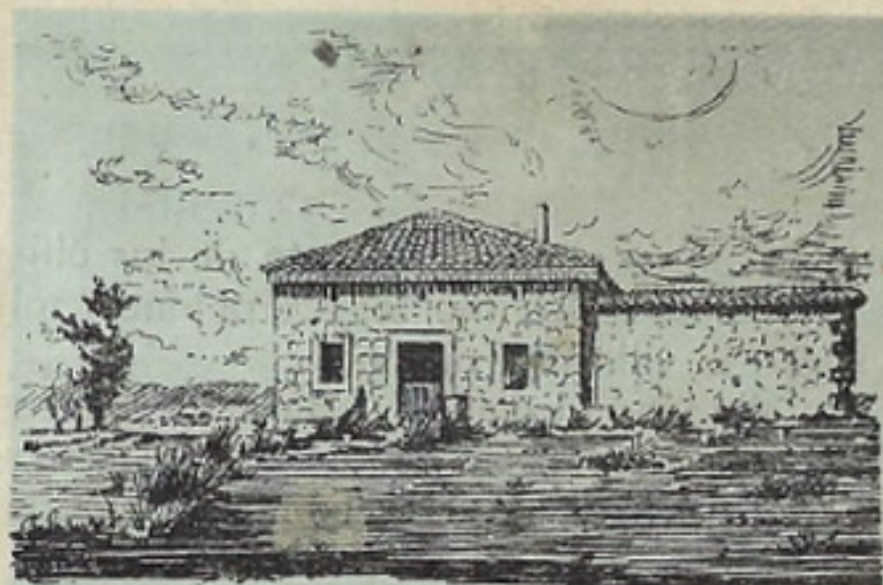
taurado por el Cardenal Cisneros en obsequio del pueblo que le vió nacer.

La actividad de los habitantes se orienta, sobre todo, hacia la agricultura.

No llegan hasta aquel idílico ambiente los ecos del ruidoso ajetreo de la capital, Madrid, situada a 58 kilómetros de distancia.

El turista que, partiendo de la urbe madrileña, se encamina a Torrelaguna, cuando ya tiene a la vista el panorama completo de la población puede observar, a derecha, en un altozano, sobre el Canal

de Isabel II, una casita blanca de solida construcción. La llaman «Miralrío», del nombre de la montaña a cuyo pie se encuentra. Bajan puros hasta aquella mansión los aires del Guadarrama y parece ella



Miralrío

gozarse en el oficio de centinela de la villa.

En Miralrío nació Casimiro González García —más tarde Hermano Crisanto— el día 4 de marzo de 1897. Fué el penúltimo de los seis vástagos — cinco varones y una hembra— con que el Cielo enriqueció el cristiano hogar de don Dámaso y doña Martina, ejemplares consortes cuya suprema ilusión se cifraba en in-

fundir en su prole hábitos de virtud y de trabajo. El último de los hijos murió al año de nacer.

Doña Martina era el ángel visible de aquel recinto de paz. Piadosa, solícita, ordenada, magnánima, quería que su hogar fuese un travesaño de la santa casa de Nazaret. Desde aquel doméstico santuario subía al Cielo repetidas veces cada día el incienso de la oración. A las horas de levantarse y de acostarse, oíase la voz insinuante de aquella madre modelo:

—A ver, hijos míos: *Por la señal...*

Así plasmaba ella la virtud en aquellos tiernos corazones. En el regazo materno aprendieron la fervorosa práctica de la religión.

¡Cómo sería esa mujer, que todos en la población la denominaban «santa»!

La mejor prueba del cristiano ambiente que en aquel hogar se respiraba, está en el hecho de que Dios lo enalteció escogiendo a dos de los hijos para dedicarlos a vida de perfección en el Instituto Marista. Y si la familia de todo religioso

ha de tener a gala el haber consagrado un hijo al servicio del Señor, ¿qué timbre de gloria no representará el poder designar a uno de esos seres de elección con el título de «mártir»?



Doña Martina

LA PAREJITA

ESCUCHA, León Martín: habéis de ir juntos, y, cuando lleguéis, presentas tu hermanito al Hermano Director.

Ésa fué la última recomendación de doña Martina, aquella mañana del 4 de enero de 1905. Iba a ser el primer día de asistencia escolar para el pequeño.

Los dos hermanos se querían mucho. En adelante, mañana y tarde recorrerían de buena gana la distancia de unos tres kilómetros que mediaba entre su casa y el colegio.

—¿Dónde va esta parejita?—les preguntó cariñosamente una señora que los vió pasar tan formales por delante de su puerta. Y sin esperar contestación, añadió: —¿Sois hermanos?

—Sí, señora—repuso León Martín—, y vamos al colegio.

Cayó tan bien entre la vecindad la expresión «la parejita», repetida con frecuencia por la buena mujer, que muy pronto la adoptaron todos y la usaban siempre que se encontraban con los niños. Ellos, a su vez, cuando querían referirse a la citada señora, la llamaban invariablemente «la señora *Parejita*».

Un día tuvieron un tremendo percance. Al volver a casa, descargó sobre ellos un violento aguacero que los dejó hechos una sopa. Y para colmo de infortunio, el cielo se puso tan oscuro que nuestros dos viajeros equivocaron la senda y fueron a caer de un lodazal en otro. Doña Martina, con intuición maternal, pensó: ¿Quién sabe si no estarían ya en camino cuando estalló el chubasco? Y mandó salir a la hija mayor, provista de ropa y paraguas. A las voces de llamada que daba ésta de cuando en cuando, respondieron por fin sus hermanitos. Guiados por ella, lograron salir de aquel atolladero. El pobre Casimiro había perdido allí un zapato...



La "parejita"

EL ADIÓS DE LEÓN MARTÍN

HABLANDO hoy de la indole de Casimiro por entonces, su hermano León Martín afirma que era la humildad personificada. «Soportábalo todo—agrega—con una paciencia y resignación admirables. Jamás una respuesta cuando se le amonestaba. Manso y servicial en extremo, ayudaba en casa a nuestra madre y a la hermana cuanto podía. Estaba dotado de singular destreza.

»No recuerdo habernos pegado nunca. Me guardaba un respeto y una obediencia tales, que han sido mi admiración cada vez que, más tarde, lo he pensado.

»En los días de vacación, nuestros juegos y pasatiempos consistían en hacer figuritas de barro que reproducían escenas familiares y, sobre todo, altares, monaguillos, o curas celebrando. Ya desde pequeñín le tiraba mucho a mi hermanito la idea de ser sacerdote. Había en él cierto aire de gravedad, acompañado de un recato y una candidez extraordinarios. Y estas cualidades las ha conservada toda la vida.»



Solito al colegio

Un año llevaba Casimiro yendo al colegio con su hermano, cuando éste, que de tiempo atrás sentía atractivo por la vocación marista y había tratado el asunto con sus padres y educadores, vió llegado el momento de cumplir su deseo. Dió a sus familiares el abrazo de despedida y partió hacia Burgos, para ingresar en la Congregación.

Aquel adiós de su hermano se le clavó a Casimiro en el alma y le produjo un vacío que nada podía llenar. Desde entonces, la gente no vió a «la parejita». Vió, sí, al menor de los dos hermanos acudir solito al colegio, formal y pensativo. El camino se le hacía mucho más largo que antes. ¿Qué no daría Casimiro por volver a juntarse con su hermano?

Además, a medida que iba conociendo a sus profesores, sentía aumentar la inclinación hacia el género de vida que ellos observaban.

VICTORIA MERECIDA

CASIMIRO tenía deseos de imitar a su hermano siguiendo la vocación religiosa, pero tardó en manifestarlo. Al fin, un día lo dijo.

La madre se alegró de la noticia. No así el padre. Como los hijos mayores se habían desprendido del hogar paterno para labrarse un porvenir, el jefe de la familia juzgó que se iba a sentir mucho la ausencia del más pequeño.

Quizá para someterle a prueba y ver si el bullicio y los encantos de la capital le distraían de su resolución, le envió su padre a Madrid,



Madrid, con su bullicio y su encanto...

donde los hermanos mayores tenían establecido un comercio. Casimiro obedeció, como siempre. Sólo alguna que otra vez se le oír decir graciosamente y con los mejores modos: «¡Vaya! Me dicen que, por ser el más pequeño de los hermanos, me quieren mucho todos, pero es el caso que no me dejan seguir mi gusto.»

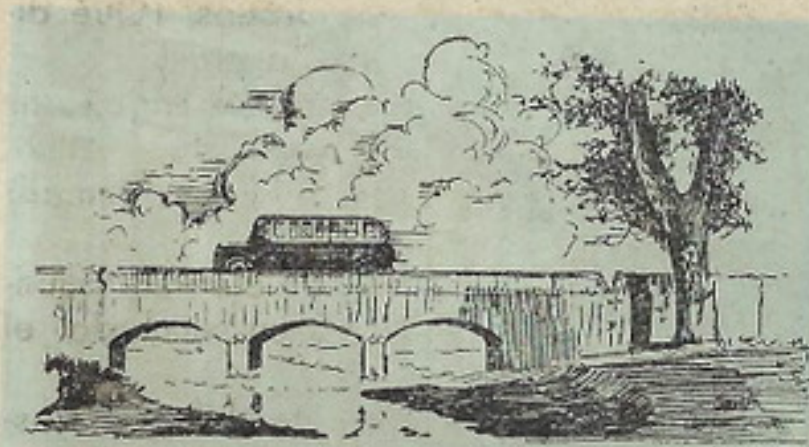
Su gusto, ya lo hemos visto, era ser religioso.

Diecisiete años tenía ya Casimiro, cuando, viendo el padre en la constancia del hijo una clara señal de la voluntad divina, le dió por fin el consentimiento para realizar sus planes.

UN RELATO ENCANTADOR

LA ansiada autorización para abrazar la vida religiosa produjo en nuestro joven una alegría indescriptible. Se apresuró a comunicar a los Hermanos del colegio esa grata nueva. ¡Tantas veces como les había pedido oraciones para que el Señor mudase el parecer de don Dámaso! Al fin, esas plegarias, y las comuniones y visitas a Jesús Sacramentado, y las súplicas ante el altarcito de la Virgen, habían producido el esperado fruto. ¡Qué contento se hallaba Casimiro!

Pero dejémosle que él mismo nos lo diga. Y nos lo dice en un cuaderno de notas íntimas, escritas a los pocos meses de ingresar en el Postulantado de Avellanas (Lérida). La primera parte de ese



relato es un canto dedicado al pueblo y al hogar que abandonara para seguir la voz de Dios. Escribe:

«No lejos de la hermosa ciudad de Madrid, y al pie de las montañas de la sierra de Guadarrama, en ambiente de soledad y silencio, se levanta graciosa la villa en que yo nací en el año 1897. Esta pobla-

Y llegó un día en que, dejando el mundo...

ción, célebre por ser patria del Cardenal Jiménez de Cisneros, cuenta con artísticos edificios y famosas fábricas de harinas. Hay buenos paseos y, sobre todo, buen clima, por lo que es muy concurrida de veraneantes.

»No lejos de la villa, y en una montañuela, se divisa una casita solitaria: es el nido en que yo vine al mundo. Allí pasé los años de mi infancia, tranquilo y apartado del humano bullicio. Allí aprendí, de labios de mi madre, a santificar la vida con el ejercicio de la oración.

»¡Qué dulce hogar! En él crecí cual florecilla débil abrigada del viento. En él me entretenía en adornar un altarcito de la Santísima Virgen: aquel altar donde tantas veces me postraba con mi madre a

rezar el rosario y a practicar el mes de María. ¡Cuántas veces habré cantado allí a la Reina del Cielo el *Ave, maris Stella!*

»Acudí al colegio de los Hermanos Maristas, donde recibí una educación esmerada. Me acuerdo, sobre todo, de mi primera comunión. ¡Dichoso día 9 de mayo de 1907!... Mi madre, llena de contento, después de prepararme interior y exteriormente, al llegar el momento de dirigirme al altar imprimió en mi frente un beso... Hermoso recuerdo que no olvidaré jamás. Mi madre lloraba de alegría, y yo también...

»Continué yendo al colegio, y tanto me gustó la Congregación que lo dirigía, que pretendí ser miembro de ella y llevar el nombre de la Virgen Santísima, de quien con tanta frecuencia nos hablaban los Hermanos. Pero, ¡oh desconsuelo!: mi padre me lo impide. Mas en eso conocí que era verdadera vocación, ya que el demonio me ponía tan fuerte obstáculo. Esto me dió más valor, y me dije en mis adentros: Dios es todopoderoso...

»Recurro a la Santísima Virgen de la Soledad, patrona de mi pueblo. A Ella acudo una y otra vez. Y así, pidiendo, suplicando, llorando, prometiendo, se vieron cumplidos, por fin, mis deseos. ¡Qué dicha!: ¡iba a entrar en el Instituto de los Hermanos Maristas!

»Y llegó un día en que, dejando el mundo con todas sus engañosas vanidades, tomé el autobús con dirección a mi suspirado destino. Me había despedido de mis queridos padres, de mi hermana Tomasa y de todos los parientes. ¡Cuántas emociones!...

»Pronto desaparecen de mi vista aquellos campos alegres, aquella casita en que se meció mi cuna... Sólo me queda un recuerdo: el del beso último de la madre que me dió el ser...

»Ya se divisan los palacios de Madrid. Adiós, también, a vosotros. Dentro de unas horas saludaré a la Virgen del Pilar. Y llegan Zaragoza, y Lérida, y Balaguer, célebre por la milagrosa y antiquísima imagen de su Santo Cristo...

»Por fin estamos ante los venerables muros de la casa de formación de los Hermanos Maristas. Lo primero, nos fuimos a postrar a los pies de la Santísima Virgen; mas ¡qué tristeza!: me acuerdo de la otra madre que dejé allá lejos; de la que, arrodillada también, me decía: 'Hijo mío: prostérnate ante esa Virgen; rézale, que Ella será tu refugio, tu estrella orientadora, tu verdadera Madre...'

»Este último pensamiento me deja consolado. Si parece que la Virgen me miraba... Mi corazón latía de gozo al contemplar una Madre tan cariñosa. Yo mismo me decía: 'He acertado: hube de separarme de mi madre de la tierra, pero para servir a esta otra Madre, María Santísima, la Reina del Cielo.'»

En esta narración, plena de sinceridad, se trasluce la ardorosa devoción mariana de que rebosaba ya entonces el futuro Hermano Crisanto. Había sido un buen hijo de la madre terrena y no quería serlo menos de la otra Madre que Dios nos ha dado.

CON LA SOTANA MARISTA

EL 27 de agosto de 1914 ingresaba Casimiro, como postulante, en la casa de formación denominada Nuestra Señora de Bellpuig de las Avellanas, quince kilómetros al norte de Balaguer.

Situada en un repecho desde el que se domina un valle dilatado y fecundo, y rodeada de plantaciones de pinos, robles, olivos y árboles frutales, esta secular mansión religiosa, mejorada y ampliada por sus actuales ocupantes, alberga hoy una entusiasta juventud de futuros apóstoles de la educación cristiana y ofrece asimismo cobijo amoroso a los Hermanos necesitados de reparar fuerzas o agobiados por el peso de los años.



Avellanas, la gran casa marista de formación

Llegó, pues, allí Casimiro. Y llegó acompañado de su hermano religioso. Recordando éste aquella efemérides, nos cuenta lo siguiente:

«Tuve la dicha de acompañar a mi hermano hasta la casa de Avellanas. Desde Balaguer, el viaje lo hicimos a pie, como peregrinos. Era el 27 de agosto y hacía un calor sofocante. Llevaba mi hermano al hombro la maleta, con su equipo de ropa. En todo el trayecto no consintió en dejarme el peso ni un minuto, por donde vi que era el mismo de siempre en lo sufrido y en el empeño por guardarme el respeto y los miramientos que tuvo para conmigo en su infancia.

»Cuando llegamos, salió a recibirnos a la puerta el Hermano Director del Postulantado.

»—¿Conque éste es su hermanito?—me preguntó en seguida.

»—Sí—agregó Casimiro, reforzando mi afirmación—: aquí me tienen ustedes para que hagan de mí lo que quieran. Yo no haré más que obedecer.

»Nunca se me olvidarán esas palabras. Y las cumplió fielmente.»

Casimiro hizo su postulantado con todo fervor y aprovechamiento. Un testimonio de excepcional valor a este respecto, nos lo ofrece en una carta aquel ilustre y recordado provincial que se llamó Hermano Floriberto. Escribiendo al hermano de nuestro mártir, le decía: «Su hermano es el **MODELO** (y lo escribe con grandes letras) de los postulantes. Es muy piadoso y muy reflexivo, y estoy persuadido de que hará mucho bien en la Congregación y procurará mucha gloria a Dios, si no hay quien lo desbarate.» Predicción que se cumplió al pie de la letra.

A los seis meses fué admitido a la toma de hábito. Era el 2 de febrero de 1915. Dejemos que él mismo nos cuente en breves palabras lo acaecido en aquella señalada ocasión:

«Llegó, por fin, el tan suspirado día en que, dejando el mundo y renunciando a sus vanidades, ingresamos mis compañeros y yo en el Instituto de Hermanos Maristas de la Enseñanza y vestimos el santo hábito de los hijos del Venerable Padre Marcelino.

»El día amaneció espléndido. Después de haber recibido en nuestro pecho al divino Prisionero del sagrario y entonado el bello cántico «Viene ya mi dulce amor»; después de cantar con todo arte y devoción la «Misa del Centenario de Balmes», nos preparamos para el gran acto de la toma de hábito, que había de celebrarse a las diez de la mañana. ¡Cómo latía nuestro corazón momentos antes de recibir la tan suspirada librea de María!



La "parejita" de antaño

(En pie, el H. Crisanto siendo novicio)

»Por fin, el reloj dió pausadamente la hora, y nosotros—éramos treinta y tres, número simbólico: los años del Señor—, rebosantes de inefable ventura, bajamos a la capilla, magníficamente adornada. Allí quedó satisfecho nuestro deseo, cuando nos vimos revestidos del hábito marista. Yo le dije en mi interior a la Virgen: ¡Madre mía! Cúbreme con tu manto...

»Quiera Dios que el recuerdo de este día no se borre jamás de nuestra mente, y que al fin coronemos nuestra vida con la muerte propia de un fiel Hermano Marista.»

Así se expresa nuestro futuro apóstol de la juventud y mártir de la abnegación. Bien supo verificar en sí mismo los anhelos que en los párrafos transcritos se contienen.

Siguiendo una tradicional costumbre del Instituto Marista y de no pocas Instituciones religiosas, a los admitidos a la toma de hábito se les cambia el nombre de pila por otro. A nuestro Casimiro le tocó el de *Crisanto*, nombre

del ilustre mártir de Alejandría que con ardiente celo ganó para Cristo nuevos servidores, compañeros luego en su inmolación gloriosa. No debía ser menos nuestro santo Hermano, que, tras una vida excepcional dedicada a las almas, había de concluir por imitar hasta en la generosa efusión de la sangre al denodado paladín que se le acababa de dar por patrono.

La toma de hábito marca para el joven aspirante el principio del noviciado. Durante el año de noviciado se adiestra aquél en las virtudes propias de la vida religiosa y en las prácticas que son características de su vocación.

El H. Crisanto aprovechó admirablemente de ese precioso tiempo. Su generosa fidelidad a la gracia le mereció copiosos dones del Cielo. Así lo indican sus apuntes religiosos de entonces, que con tanta edificación hemos hojeado.



El ilustre H. Floriberto



QUERIDO POR TODOS

NO menos que el tiempo de noviciado aprovechó el H. Crisanto el período formativo en que a los jóvenes religiosos se les da la preparación profesional necesaria para el ejercicio fructífero de su ministerio. Sin aflojar lo más mínimo en su vida espiritual, se entregó resueltamente a los estudios pedagógicos, científicos y literarios, como medio de realizar más cumplidamente la misión de todo Hermano Marista.

Y llegado el tiempo de los «empleos de prueba», el H. Crisanto



La pintoresca villa de La Garriga

fué destinado a prestar sus servicios en la enfermería de aquella casa. Desempeñó ese cometido con ejemplar espíritu de celo y se conquistó la gratitud de los pacientes por su inagotable caridad.

Pero como los superiores tenían dispuesto dedicarle a la enseñanza, poco tiempo después le enviaron a la villa de La Garriga, en la provincia de Barcelona.

Como novel que era en el ejercicio pedagógico, se le asignó uno de los primeros grados. Los demás Hermanos observaban el proceder de nuestro joven y la habilidad que mostraba en la dirección

de la clase. No tardaron en sentirse edificados por lo que veían. Más aún: llegaron a experimentar verdadera admiración. Era en todo tan digno y tan correcto, que parecía un experimentado educador.

A este propósito, el H. Valerio, primer director de nuestro mártir en aquella edificante comunidad, escribió al ya citado hermano del mismo lo que sigue:

«Procedente él de Avellanas, tuve el honor de recibir a su santo hermano en nuestro colegio de La Garriga. Como actuaba por vez primera, se le confió el segundo grado. ¡Qué bien lo dirigió! Parecía un veterano. Aun hoy día, pasados ya casi treinta años, algunos padres

de familia que fueron sus discípulos le recuerdan con cariño y me hablan de su antiguo profesor.

«Tengo muy presente que en nuestras conversaciones de comunidad solía él manifestar lo mucho que disfrutaba en la catequesis de los sábados, dedicada a la Santísima Virgen, según es de Regla entre nosotros.

«Era servicial en extremo y ayudaba cuanto podía a todos, desde el superior al último de la casa.

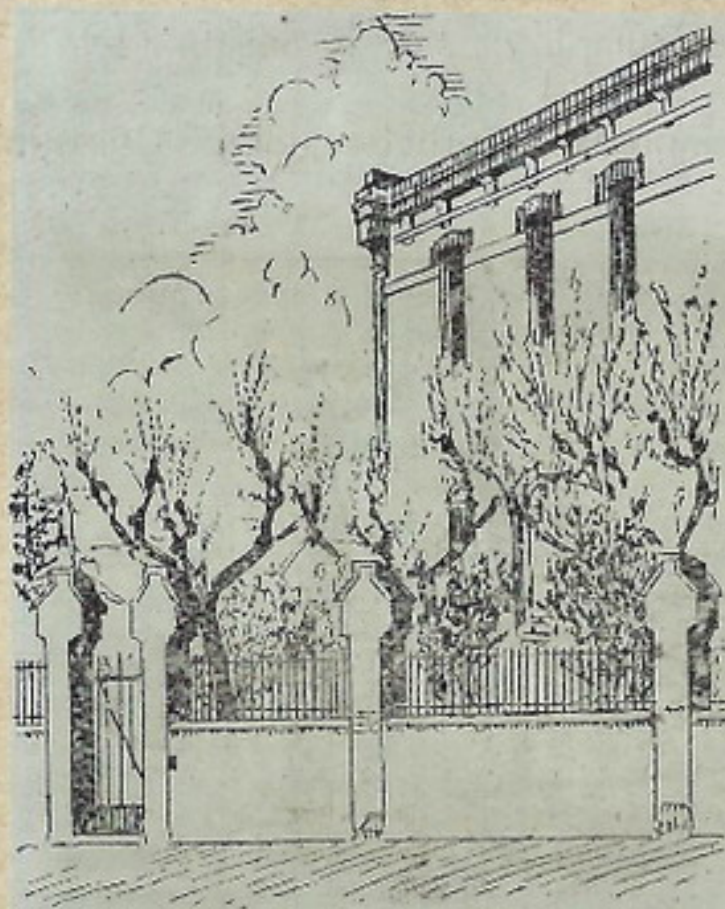
«Sus grandes cualidades le merecieron todo mi afecto y estima, y asimismo el aprecio de los Hermanos. Era muy piadoso, recatado, activo y fino de modales. Su natural bondadoso y simpático reflejaba

una dignidad que le conquistaba el respeto de jóvenes y ancianos.

«La lisonja y aun la simple alabanza le mortificaban, le herían en lo más vivo. Lo que más ansiaba y que constituía como su lema personal era el 'hacer el bien sin ruido'.

«Recuerdo que en una de las visitas canónicas del Reverendo Hermano Provincial de entonces oí decir a tan ponderado superior: 'A este Hermano habrá que destinarle a alguna casa de formación; vale mucho...'

«En una palabra, fué modelo de Hermano Marista. Puedo decir con toda verdad que nunca noté en él faltas contrarias a las Reglas de la Congregación.»

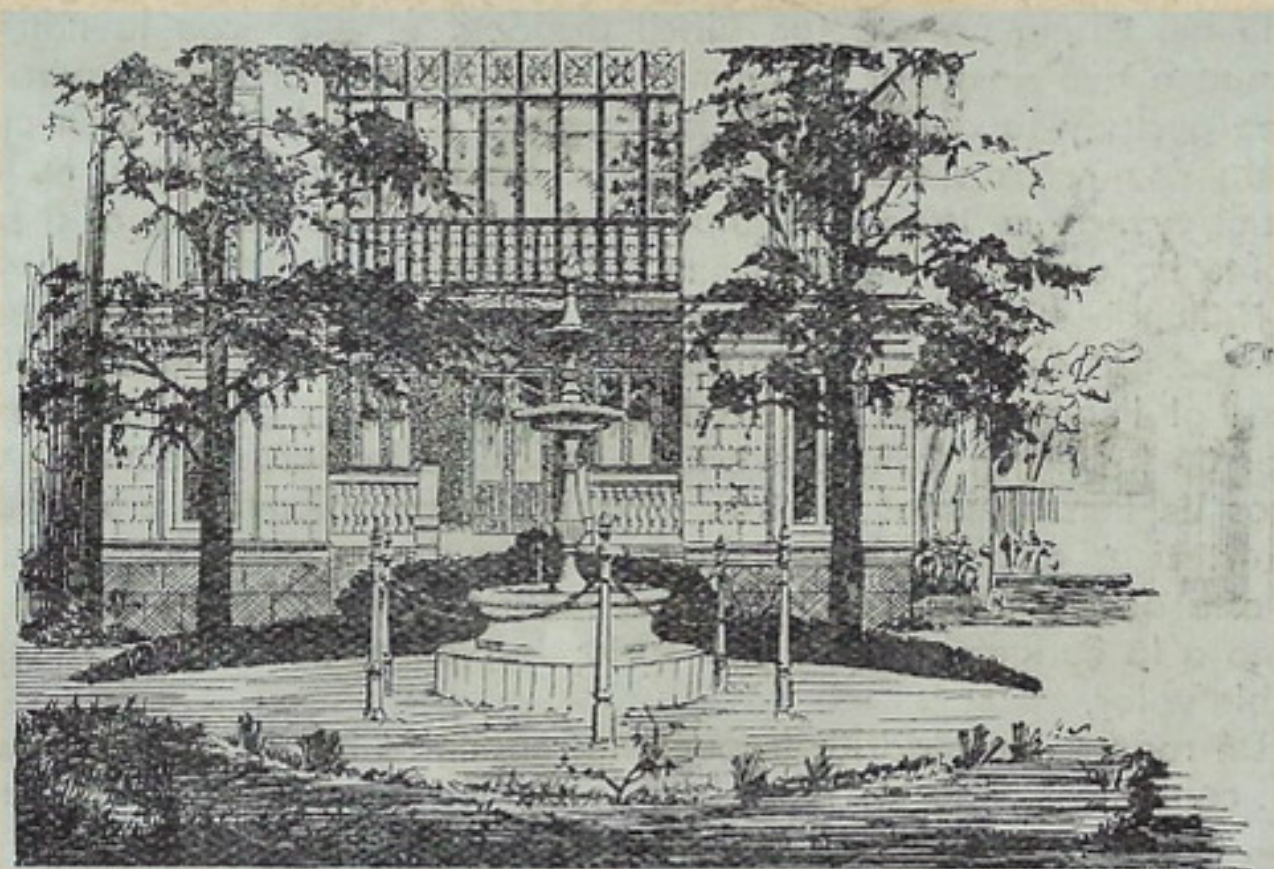


Entrada al colegio garriguense

EN LA CAPITAL DE ESPAÑA

LOS superiores conocían muy bien las prendas que el Hermano Crisanto atesoraba, y le destinaron a mayor campo de acción. Hallámosle, pues, muy pronto, en uno de los colegios de Madrid: el de la calle del Cisne. Largos años le veremos ejercer allí su apostolado educativo.

Uno de los caracteres más salientes en el H. Crisanto era la



El antiguo colegio de la calle del Cisne

pulcritud, el orden y el aseo. Reflejábanse estas cualidades en su persona y en cuantas cosas se le encomendaban. Sea por esto, sea por aquel ardiente atractivo que sintió siempre hacia las ceremonias del culto y de la sagrada liturgia, en todas partes le fué confiado, además de la clase, el empleo de sacristán.

Mostraba en el cumplimiento de este oficio una habilidad extraordinaria. En el mes de mayo especialmente, convertía el altar en una verdadera obra de arte.

Entusiasmados los alumnos y las familias de éstos, y atraídos por la magnificencia de las solemnidades no menos que por la santidad que irradiaba el buen Hermano, contribuían al esplendor del culto haciendo abundantes obsequios para la capilla.

El H. Crisanto sabía corresponder a la generosidad de los donantes de una manera ingeniosa: En un elegante libro que estaba expuesto en la sala de visitas dibujaba el objeto regalado y estampaba, con primorosos caracteres caligráficos y ornamentales, el nombre del bienhechor. Al pie de la página consignaba una sentencia evangélica relativa a la caridad, a las riquezas, etc.

Este proceder encantaba a los aludidos y les recordaba que, en su loable desprendimiento, debían tener presente, sobre todo, la gloria de Dios.

Claro está que en la capital de España, y más considerando que eran familias selectas las que mandaban sus hijos al colegio de la calle del Cisne, no era tan difícil disponer el altar con la natural pompa a que da lugar la abundancia de objetos artísticos; pero el buen gusto y la destreza del H. Crisanto eran tales, que aun contando con escasos medios conseguía efectos sorprendentes, en especial cuando se trataba de honrar a la Santísima Virgen, a la que profesaba devoción singularísima. Un caso:

Hallándose débil de salud en 1927, se le prescribieron dos meses de descanso en el Noviciado Menor o Juniorado de Arceniega. Pues bien: al llegar el mes de octubre, transformó sin gasto alguno el altar de la Virgen, con sorpresa de todos. Le bastaron pequeños retazos de lienzo, cintas y otros materiales insignificantes, empleados en artísticas combinaciones. Como remate de su industriosa piedad en esta ocasión, fabricó un enorme rosario simbólico, que luego, en torno a la imagen, parecía una sarta de piedras preciosas de inestimable valor.

De regreso en Madrid después de reponerse bastante bien de salud, continuó siendo el consuelo y la edificación de aquella comunidad, que no se resignaba a perder tan eficaz colaborador.

Digno émulo del «mártir de Barruelo», Hermano Bernardo, llevaba una lista de todos los alumnos que había tenido, y, aparte, otra de los de primera comunión, acompañada de interesantes indicaciones. La libreta en que se contienen tales datos se salvó afortunadamente del desastre rojo y la guardamos como preciada reliquia.

En Madrid tuvo además a su cargo la dirección de la Congregación Mariana del colegio, y en esa función desplegó un celo y una actividad dignos de todo encomio.

Veamos, por último, lo que dice don Marcelino Losada, ingeniero industrial, ex alumno del mártir:

«Lo que recuerdo del H. Crisanto no es mucho, ya que él fué mi profesor de ingreso en el Bachillerato y tendría yo nueve años. De todas maneras, en casa, mi hermano Alberto sobre todo, ha recordado que nuestra devoción a la Santísima Virgen nos la inculcó el H. Crisanto, y que esta devoción, arraigada en nuestro corazón de niños, ha sido el origen de la vocación de mis dos hermanos Alberto y Carlos a la vida religiosa. Mi hermano Luis asegura que él también recuerda la especialísima devoción mariana que tenía el Hermano Crisanto y que era su cualidad más característica. En cuanto a mí, he de reconocer la enorme influencia que ejerció el H. Crisanto en mi vida, ya que la primera devoción que yo tuve fué esencialmente mariana y casi exclusivamente mariana. De entonces data mi costumbre de rezar cada día el santo rosario, y reconozco que en esta devoción han tenido muchas veces su origen tantas gracias como Dios se ha servido concederme. Esto no es cosa que se me ocurra puramente ahora, sino que en múltiples ocasiones lo he pensado así.»



El H. Crisanto, al frente de la Congregación Mariana

Este y otros testimonios dan fe de que el H. Crisanto era todo un apóstol de la devoción a la Virgen. Y ¿cómo extrañarlo, cuando el deseo de honrar más y mejor a María Santísima había sido uno de los móviles de su ingreso en una Congregación que la tiene por «Madre, Patrona, Modelo y Primera Superiora»?

UN TESTIMONIO ELOCUENTE

EL religioso ha de hallarse dispuesto a cambiar de residencia o de empleo siempre que la obediencia lo demande.

Muy a gusto se encontraba el H. Crisanto en Madrid, pero juzgaron conveniente los superiores trasladarle a Murcia, y allá se fué resuelto el virtuoso Hermano.

Su vida en Murcia fué tan edificante como en todas las localidades donde había residido hasta entonces. Veamos lo que cuenta a este propósito un compañero de comunidad, que había ejercido en Torrelaguna cuando, de niño, nuestro mártir asistía a dicho colegio.

«Conocí—dice—al H. Crisanto cuando era Casimiro González García, alumno de nuestro colegio de Torrelaguna, su pueblo natal. La característica de su fisonomía moral durante los tres años que le traté allí fué una piedad sencilla, pero perseverante, que presagiaba lo que más tarde, ya Hermano profesor en el colegio de Murcia—donde hubimos de convivir—, había de tener variadas y notables manifestaciones.

»Sin apartarse del espíritu de sencillez y modestia, del que todas sus acciones parecían como impregnadas, se le veía prestarse complacido a colaborar en todo, y especialmente en las funciones litúrgicas que se celebraban en la iglesia de la Merced, contigua al colegio, iglesia que nos servía de capilla.

»Tal aconteció, por ejemplo, en la misa de Nochebuena de 1932: hizo de subdiácono con tanta naturalidad y con tan edificante actitud, que en nada desdecía de los demás ministros del altar. Lo mismo acontecía el Domingo de Ramos y en otras festividades. Al aparecer en tales ocasiones revestido de los ornamentos sagrados, se traslucía en él, junto con la gravedad religiosa que le era como connatural, cierto aire de complacencia que parecía decir a los que le conocíamos: *¡Cuán feliz me siento sirviendo a Dios en los altares!*

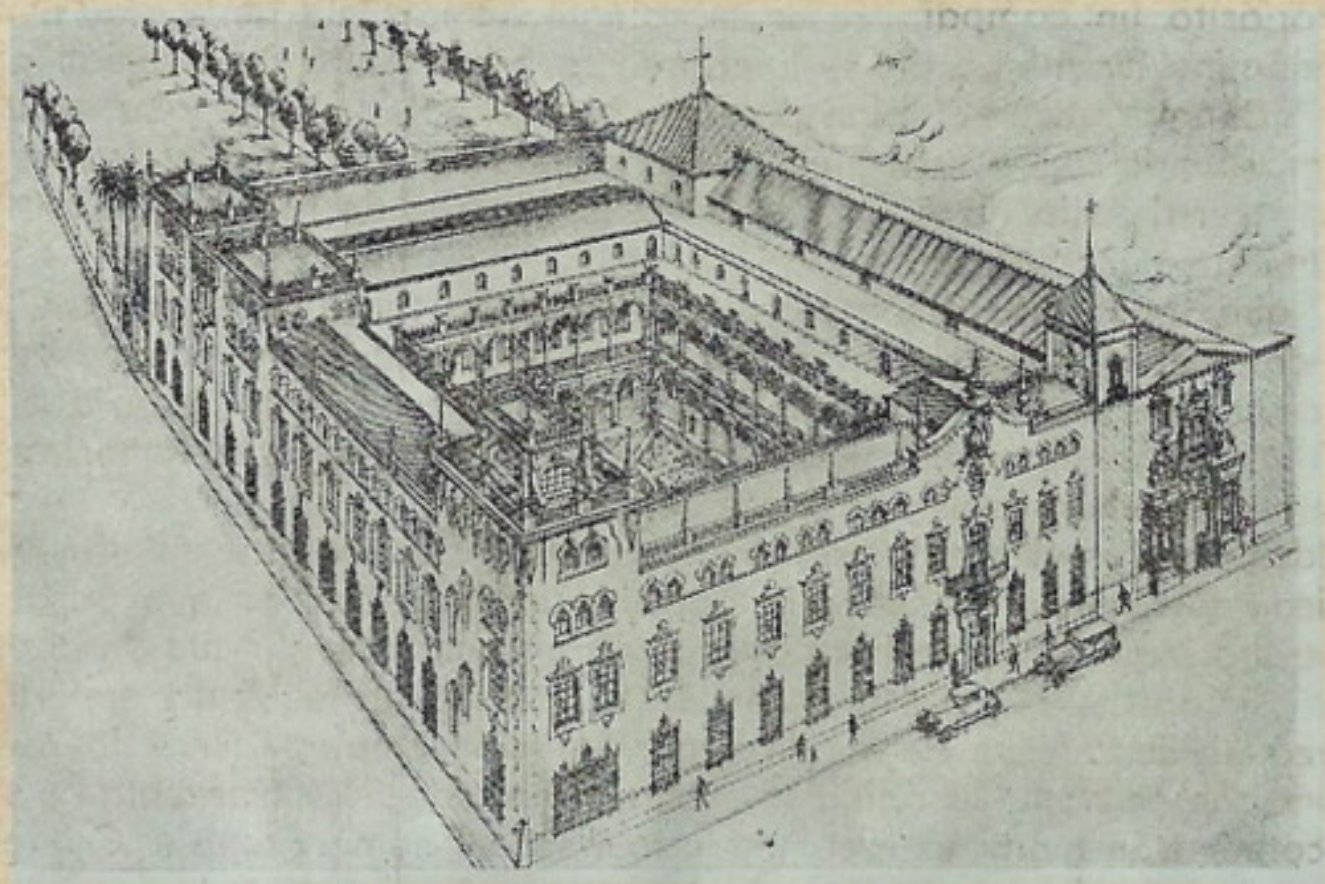
»Jamás noté en el H. Crisanto mengua en ese intenso espíritu de piedad.»



CONSUELO DE INFORTUNADOS

YA hemos hecho resaltar en líneas anteriores que el H. Crisanto tenía un parecido moral extraordinario con el «mártir de Barruelo», el santo H. Bernardó.

Nota muy destacada en este último fué la caridad para con el prójimo, expresada frecuentemente por medio de la limosna. El Hermano Crisanto siguió de cerca ese ejemplo. Es fácil que en los envíos de ropa que la casa de Madrid hacía a la de Barruelo para los po-



El Colegio de la Merced, hoy Universidad de Murcia

bres de aquella región, tomase el H. Crisanto parte muy activa: no faltan indicios de ello. Pero lo que sí es cierto es que no descuidaba la obra de misericordia de favorecer al necesitado.

Entre otros varios testimonios, conservamos un documento que así lo acredita. El firmante es un sacerdote que, con fecha 16 de setiembre de 1935, le dice desde el «Asilo de pobres huérfanos de Nuestra Señora de Lourdes», en Murcia:

«Mi querido Hermano Crisanto: He recibido su muy atenta carta y con ella la limosnita que para los venerables sacerdotes y niños huérfanos usted envía. Dios se lo pague; y como la limosna es fuente de gracias y bendiciones del Cielo, ella sirva para que sobre ese Colegio de la Virgen Santísima de la Merced caigan éstas sin cuento, según nosotros pedimos y pediremos en nuestras oraciones. Quiera la Virgen Santísima ampararlo y protegerlo de todo mal, y sobre todo que en él se dé mucha gloria a su Divino Hijo en el Santísimo Sacramento del altar.

»Perdone usted que no sea yo el que vaya a dar las gracias, por ocupadísimo. Sin embargo, cuando haya ocasión pasaré a saludar a ustedes y a ofrecerles mis respetos.

»De usted siempre afmo. capellán, que le bendice,

(Firma ilegible).»

Otro caso. Hallándose en el colegio de la calle del Cisne, número 3, de Madrid, un día le telefoneó su prima doña Purificación para decirle cómo se le habían presentado una pobre mujer y su anciano padre implorando influencia y recomendación para poder colocar a éste en el Asilo de Ancianos, dada la escasez de recursos en que la familia se encontraba.

Hallábase a la sazón el colegio en plena tarea de exámenes, por lo que el H. Crisanto contestó a su prima que hasta pasados unos quince días no le sería posible ocuparse de ese asunto; pero que, no obstante, enviase al colegio a los peticionarios, para tomarles las señas y demás datos pertinentes.

Recibiólos él afable, y, movido a compasión por las manifestaciones que le hicieron sobre la angustiosa situación por que pasaban, en el primer momento libre de que dispuso marchó al Asilo de la calle de Almagro y expuso la apremiante necesidad a la Madre superiora. Cuán sólida debió de ser la argumentación empleada nos lo revela esta respuesta de la religiosa: «Mire, Hermano: hay cincuenta en lista para entrar, pero su recomendado hace el número uno... Que prepare tales y cuales documentos y se presente dentro de quince días.»

¡Cuál no sería el asombro de la angustiada mujer, cuando la anunciaron semejante nueva! No acababa de dar crédito, resignada a esperar meses y meses, según suele ocurrir en tales casos. Pero al ver que, previa la presentación de los oportunos papeles, el ingreso a los quince días era una realidad, no sabía qué hacer para mostrar su gratitud a quien llamaba ella «la caridad personificada». Iba a emplear sus exiguos ahorrillos en comprar un rosario de plata para el Hermano, pero éste se negó a ello rotundamente. Al fin, tanto insistió la agradecida señora, que, para no disgustarla, hubo aquél de aceptar un libro piadoso.

EL ÚLTIMO DESTINO

UN año escaso antes de la sangrienta guerra de liberación, el H. Crisanto recibió el nombramiento de Director del Juniorado o Noviciado Menor de Avellanas (Lérida). Desde Murcia acudió, pues, a tomar posesión de su cargo en aquel histórico cenobio donde él mismo había hecho el noviciado veinte años antes. Volvía gozoso.

Misión de confianza era la que se le había encomendado, y a ella se entregó con el celo y la actividad de siempre. No tardó aquella Casa en conocer la joya que en la persona del nuevo director de la sección de aspirantes le había llegado. Dábanse en él gran preparación y mucha experiencia.

El H. Crisanto había conseguido un nivel cultural nada común. Tenía facilidad de palabra y sus instrucciones eran de gran fondo doctrinal. Hemos leído el discurso que, unos meses antes de su martirio, pronunció ante todas las secciones de la comunidad de Avellanas con motivo de la fiesta de la Purísima, y hemos quedado admirados de la riqueza de ideas y de la soltura con que están expresadas. En alas de su acendrada devoción a la Virgen, hace un brillante recorrido histórico desde los tiempos medievales, para demostrar cuán arraigada ha estado siempre en España la creencia en la Concepción Inmaculada de María.

Y ya que estamos refiriéndonos a uno de sus escritos, transcribamos otro de singular delicadeza. Está fechado tres años antes y es



La Virgen del Cerro,
que tantas veces acogió las súplicas
del H. Crisanto, en Avellanas

una carta dirigida a su otro hermano marista con motivo del voto de estabilidad que éste emitiera. Dice así:

«**iViva Cristo Rey!** — Madrid, a 14 de agosto de 1933.

»Inolvidable hermano: Apartado y olvidado de todas las cosas del mundo en estos santos días de retiro, ignorarás sin duda que los termómetros de la capital están marcando las temperaturas más elevadas en lo que va de siglo. Pues bien: como consecuencia de estos calores, apenas si dormimos. En cambio, *soñamos*; y sueños muy pesados son los nuestros, aunque de cuando en cuando se mezcla alguno que encierra cierta dosis de satisfacción.

»Tal sucede con el que tuve yo anoche; y aunque Calderón dice que 'los sueños... sueños son', hay quien afirma que, en algunas ocasiones, reflejan o anuncian realidades. Allá va, pues, el mío.

»Treinta minutos habrían transcurrido desde que, rendido por los calores, tomé el medio más práctico y cómodo para descansar, cuando, sin darme cuenta, se trasladó mi juguetona imaginación a Burgos, al Colegio de los Hermanos Maristas, atraída no sé si por la frescura del ambiente o por el contagioso fervor que debe de reinar en la casa en estas jornadas de santos ejercicios.

»Es el último día, y aunque aquí los relojes marcan la hora de dormir, allí se oye tocar a misa. Pronto la hermosa capilla se ve invadida por los ciento nueve ejercitantes, todos muy modestos, pero reflejando en el rostro una suave y confortante alegría. Se disponen a recibir a Quien ha sostenido con ellos íntima comunicación durante estos días venturosos. Mas una sorpresa les aguarda: el Director del Juniorado de Arceniega—*se refiere a su hermano*—avanza hacia el presbiterio con paso grave y ocupa un reclinatorio de rojo terciopelo. Se ha puesto más cerca de Dios, a quien va a unirse con el cuarto voto marista.

»*¡Oh Jesús, Salvador mío!*—oigo momentos después—. *Deseando consagrarme más estrechamente a vuestro servicio..., hago voto de estabilidad en el Instituto y prometo conservar su fin, su espíritu y las Constituciones aprobadas por la Santa Sede...*

»Termina la ceremonia, y yo, presa de emoción, voy a encontrarle y le hablo de esta manera: '¿De dónde a mí tanta dicha, que mi hermano se vea así distinguido?' ¡Qué a propósito! Cuando el vendaval de la persecución amenaza derribar los frutos del gigantesco árbol marista, tú te sujetas más a él con ese cuarto nudo en el cordón bendito...

»Tú has escogido la mejor parte; has imitado a María de Betania en tu vida mística y retirada de Arceniega, tratando con los predilectos del Salvador y benjamines nuestros; en una palabra, haciendo el bien sin ruido, según rezan nuestras Reglas al tratar de la modestia; mientras que yo, pecador de mí, que hice de Marta vi-

viendo entre magnates y aristócratas, paseándome entre vistosos jardines y columnas esbeltas, mezclándome solícito con el mundo, ahora oigo la voz de Dios que me dice: *Tu hermano escogió la mejor parte.*

»Sin duda, nuestros dignos superiores habrán querido recompensar esa tu abnegación y modestia, reservándote tal distinción para este año, 19.º centenario de nuestra santa Redención. Y para que se cumpla el lema de nuestra Congregación: 'Todo a Jesús por María', coincide esta efemérides con la fiesta principal de nuestra excelsa Madre.

»Pero aun hay más: ¿Habrán *soñado* también los superiores que hoy hace veintiocho años te despedías de tu pueblo, casa, padres y del que esto te escribe, para ingresar en la Congregación a la que hoy te ligas más estrechamente?

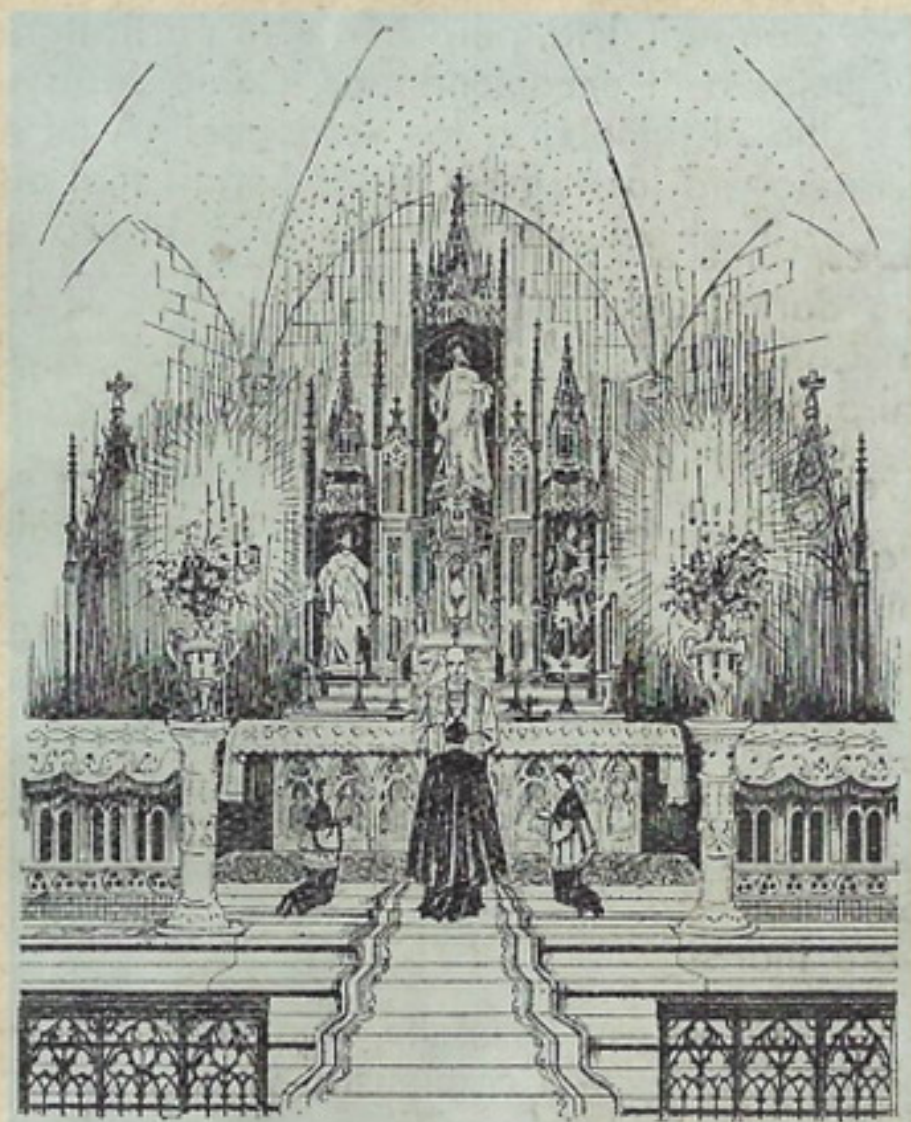
»Y al recordar la familia, me es muy grato hacer alusión a nuestra anciana madre. ¿Qué diría hoy si le fuera dado entender estas satisfacciones íntimas que nos ofrece la vida religiosa? Cuando lo sepa, se contentará con decir sencillamente éstas o semejantes palabras: Yo entregué mis hijos gustosísima para que sirvieran a la Religión y para que en ella murieran. Si esa ceremonia es un medio más seguro para alcanzar este fin, alabado sea Dios.

»Al llegar aquí, no sé si la campana, o algún importuno altavoz, o la emoción producida por el recuerdo de mi madre, me despertó.

»Ahora contéstame: ¿fué sueño, o realidad?

»Tu hermano, CASIMIRO (*Rubricado*).»

¿Puede el amor fraternal dictar una felicitación más fina?



El "sueño" del H. Crisanto

EL MARTIRIO

EL H. Crisanto fué una de las codiciadas víctimas de la revolución marxista, pero con esta particularidad: dió su vida por las ovejas a él encomendadas. Como Jesús en el Huerto de los Olivos, dijo él también a los verdugos: «A mí me podéis matar, pero a mis niños no los toquéis ni les hagáis mal alguno.»

Corría el caluroso julio de 1936. El eco de la revolución y de las atrocidades marxistas que habían de horrorizar al mundo vino a perturbar la solitaria y apacible morada de la juventud estudiosa entregada a la propia formación en la Casa Noviciado de Santa María de las Avellanas. Ante un posible atropello, los directores de las diversas secciones pensaron en tomar las urgentes medidas que el caso aconsejaba, con objeto de poner a salvo a todos si algún incidente grave sobrevenia.

Para mayor exactitud en el relato, dejaremos éste a cargo de los mismos aspirantes—hoy ya religiosos—que presenciaron los acontecimientos. Dice así uno de ellos:

«Dando oídos al rumor de que los marxistas de Balaguer iban a venir a quemar el convento, hacia las once de la mañana del 21 de julio marchamos a los montes próximos a la casa. Pero viendo que nada extraño acontecía, a eso de las seis de la tarde optamos por regresar.

»El día 24 por la noche, don Francisco Verdaguer, médico de Balaguer y destacado comunista, vino a comunicarnos que el convento iba a ser requisado para convertirlo en hospital.

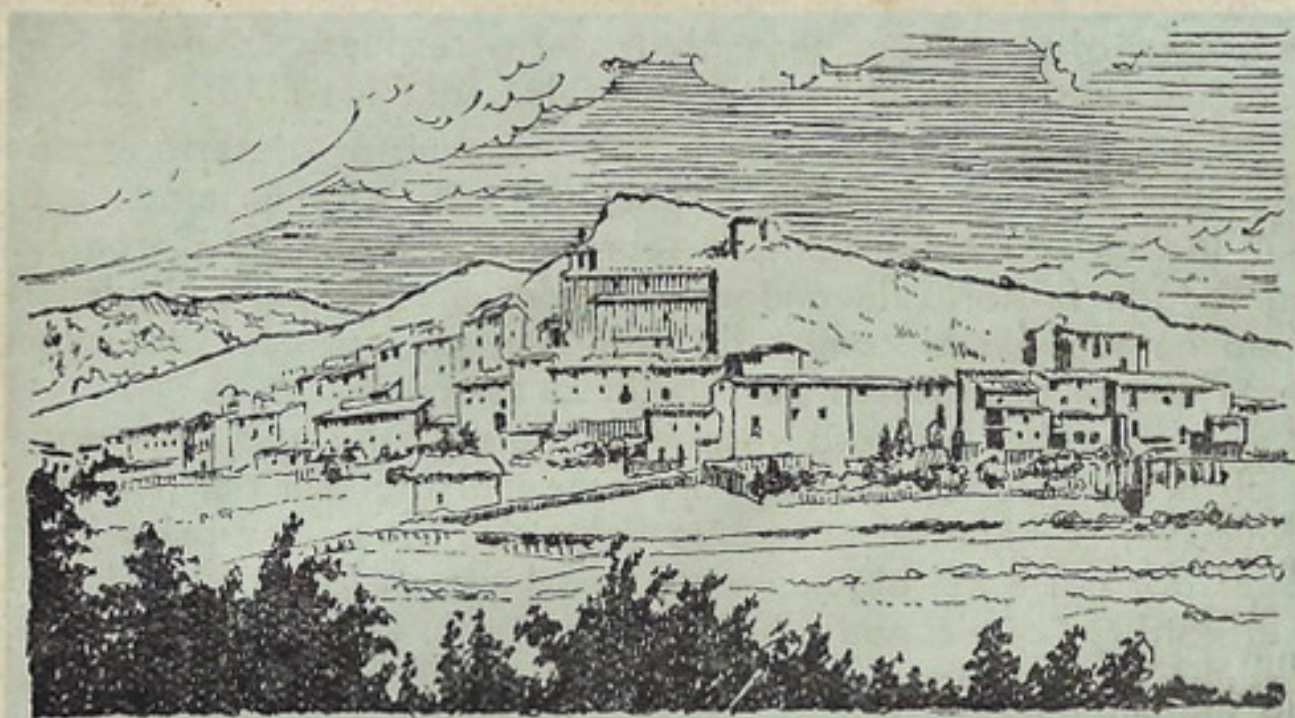
»Tan pronto como el H. Crisanto, director del Juniorado, se enteró de esta noticia, sólo se preocupó de velar por nuestra suerte. El día 25, festividad de Santiago Apóstol, después de almorzar salió por los pueblos vecinos en busca de albergue donde refugiarnos. Esa tarea le ocupó hasta muy entrada la noche. Al día siguiente, y como consecuencia de tales gestiones, partimos para el pueblo de Avellanas. Durante los diez días que en él permanecemos, seguimos un reglamento muy parecido al de antes, si exceptuamos los estudios y, lo que es más importante, la Sagrada Comunión, que sólo alguna que otra vez pudimos recibir.

»El 6 de agosto marchamos al pueblecito de Tartareu, sito a unos nueve kilómetros del convento, y el mismo día nos repartieron por las casas, para trabajar y ayudar a nuestros nuevos amos.

»Los domingos por la tarde, el H. Crisanto nos congregaba en algún paraje apartado. Allí, después de merendar, y mientras nosotros rezábamos dos rosarios y el ejercicio vespertino presididos por nuestro profesor, él nos recibía en entrevista particular, para mejor ayudarnos a vencer las dificultades creadas por la penosa situación en que nos hallábamos.»

Antes de proseguir este relato, justo es hacer constar que hay perfecta concordancia de testimonios tocante a lo cariñoso, atento, solícito y, en una palabra, paternal que se mostraba con sus encomendados, a quienes cuidaba y consideraba como hijos muy queridos.

Admirable fué la asiduidad con que miraba por éstos. Los visitaba en las diversas masías donde se hallaban esparcidos y repartía-



El pueblo de Tartareu.

les incluso la ropa de que habían menester. Rezaba con ellos y los animaba a confiar en Dios y en la Santísima Virgen. A todos entregó una estampita y en cada una escribió una máxima o sentencia diferente, según las disposiciones particulares de quien la recibía. «¡Ánimo, rebañito!—decíales cierto día en el momento de despedirse de ellos—: yo no os abandonaré mientras quede uno de vosotros, aunque me cueste la vida.»

Bien cumplió su palabra. La sangre generosamente derramada fué el precio de la libertad de todos ellos, que hoy pregonan por doquier la santidad y el heroísmo de su querido director y le invocan como a mártir y singular valedor cerca del Altísimo.

Continuemos la interrumpida reseña:

«En una de las visitas que los comunistas hicieron a Tartareu, al

saber que nos encontrábamos allí, mandaron llamar a nuestro director y le dijeron: 'Ya que está usted al frente de estos chicos, se va a cuidar bien de ellos. Si alguno enferma, usted debe prestarle los primeros auxilios. Para ver si cumple usted esto, diariamente se presentará al Comité, con objeto de firmar, a mediodía y a las ocho de la noche.'

»Desde aquel momento conoció el inminente peligro que corría su vida. Ya nos lo daba a entender cuando, al visitarle en particular, nos decía: 'Rezad mucho por mí, pues estoy sentenciado a muerte.' Y cada vez parecía ir en aumento el cariño e interés con que nos cuidaba.

»Un joven del pueblo, conocedor de tan comprometida situación, se ofreció a esconderle en lugar seguro y llevarle cada día alimentos y cuanto necesitase, pero obtuvo esta respuesta: 'Gracias. Si es necesario, gustoso daré la vida por salvar a estos niños.'

»El día 27 de agosto, diez u once comunistas, desertores de las filas rojas, se presentaron en el pueblo. Para de algún modo neutralizar la nota de cobardía que sobre ellos pesaba, quisieron hacer una sonada fechoría llevándonos a todos presos; pero alguien telefoneó en seguida al comité de Balaguer, el cual contestó rotundamente que se abstuviesen de cumplir su propósito.

»Contrariados por esa respuesta, quisieron, sin duda, vengarse en el director de los niños, y ordenaron al alguacil del pueblo que le buscara. Le halló en compañía del otro Hermano, y hubo insinuaciones por parte del alguacil para que huyesen los dos. A él le bastaría notificar que a nadie había encontrado. Pero el H. Crisanto no consintió en la propuesta; antes bien, fiel imitador del Divino Maestro, mandó al compañero que escapase, y él se entregó voluntariamente en manos de quienes le buscaban.

»Cuando llegó al lugar donde estaba el grupo de comunistas, éstos le rodearon y, después de varias preguntas, le dijeron:

»—Bueno, bueno; véngase usted con nosotros.

»—En seguida—les contestó—; voy a tomar el sombrero, si ustedes me lo permiten. (Lo tenía en la casa donde se hospedaba.)

»A lo que replicaron con sorna:

»—No hace falta, pues ya no le quemará mucho el sol.

»Huelga decir que estas terminantes palabras dieron al virtuoso Hermano la certeza de su inmediato martirio. ¡Infelices! Sin pretenderlo, le anunciaban la bienaventuranza prometida en San Juan (*Apocalipsis*, VII, 16) a los que lavan y blanquean sus vestiduras en la Sangre del Cordero.

»En el acto le condujeron a la camioneta ya preparada. En ella montaron algunos de los advenedizos comunistas, y asimismo cuatro del comité de Tartareu. Con esto, la gente del pueblo, previendo lo

que iba a ocurrir, había salido llorosa a la calle. El que esto refiere y algunos otros compañeros salimos también, y vimos al H. Crisanto, tranquilo entre aquellos verdugos. Despidióse de quienes pudo hacerlo, con toda serenidad y como quien emprende un ordinario viaje. Cortó la escena el jefe de la patrulla cuando, al montar después de los demás en la camioneta, tomando el fusil, gritó: '¡A su casa todos!'

»Nos retiramos entristecidos. La calle quedó despejada. Y nuestro H. Crisanto fué alejándose con aquellos esbirros.

»En la camioneta, según nos dijeron los del pueblo, habló así a los milicianos: 'No me importa que me matéis, con tal que respetéis



El H. Crisanto, con la grey por la que dió su sangre

a mi compañero y a mis queridos niños.' ¡Providencia de Dios! Los niños se salvaron todos, y al Hermano le eligieron los mismos rojos para que pasara con aquéllos—caso inaudito—a la zona nacional. ¿Eficacia suprema de la plegaria del mártir? Sin duda.

»En casa del conductor y dueño de la camioneta—al servicio ésta del comité—me hallaba yo hospedado. Cuando volvió a casa por la tarde, nos dijo: 'Vuestro director está ya muerto. Al subir una cuestecita, pasado el *Mas del Pastor*, no pudo continuar el vehículo. Entonces bajamos e hicieron descender también al H. Crisanto. A éste le ordenaron que avanzase hacia un barranco próximo. Viendo él la criminal intención, suplicóles:

«—¡Por amor de Dios, no me matéis!; dejadme al cuidado de mis niños.

«—¡Sepárese unos pasos!—rugieron aquellas fieras; e invitaron a los del pueblo a disparar.

«—No nos atrevemos a matar a uno del pueblo—contestaron.

«Al instante sonó una descarga. El Hermano Crisanto cayó a tierra.

«—Puede ser que aun se escape ese perro—gruñeron los verdugos; y le dispararon otros seis tiros.

«Luego, despojéronle de cuanto llevaba y le abandonaron.»

Eran las dos de la tarde del jueves 27 de agosto de 1936, un mes exacto desde la salida del convento, y aniversario de su entrada en religión.

¡Otro esforzado paladín que había volado al Cielo!

Uno de los jovencitos que le estaban confiados—Elías Lafuente—trabajaba en aquellos momentos en la era del *Maset del Romano*, cercana al lugar del suceso. Al oír las detonaciones, él y los de casa se acercaron al camino y, al poco rato, vieron que volvía una camioneta con gente. En esto, una mujer de cierta masía cercana les trajo la noticia del crimen cometido. Entonces, todos ellos corrieron presurosos a donde yacía el mártir.

«Acerqueme al cadáver—dice Elías—y reconocí a nuestro amado director, bañado en sangre. Había recibido un balazo en la cara y dos en el pecho. Su rostro miraba al cielo. Tenía los brazos algo separados del tronco, y entre los dedos índice y mayor de la mano derecha apretaba un palito que formaba con ellos el signo de la cruz. Contemplé el tremendo cuadro unos instantes, recé un padrenuestro por la querida víctima y me alejé sin demora, por miedo de que hubiese en las cercanías algún espía rojo.»

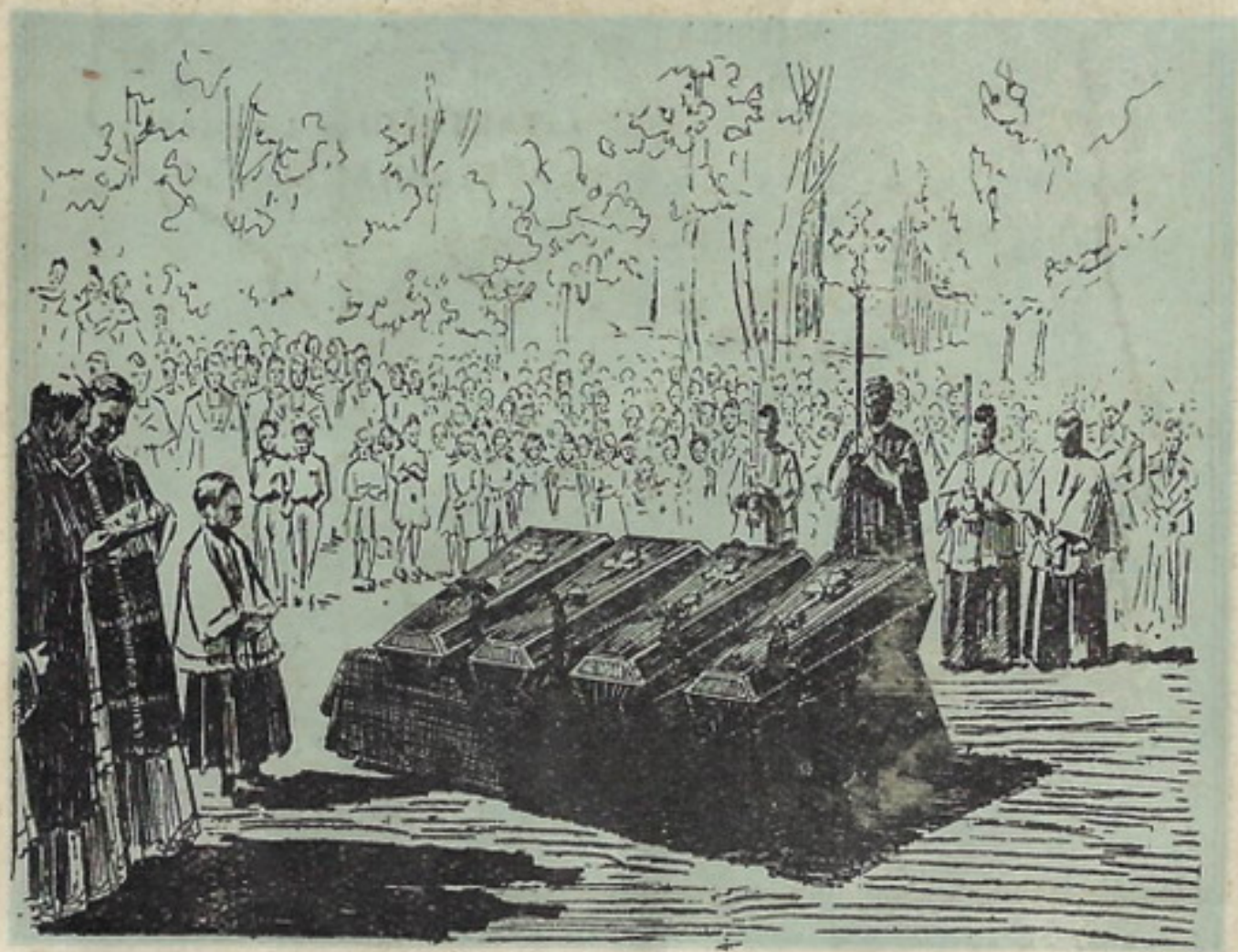
Al marcharse los milicianos, encontraron en el camino a unos hombres de las masías vecinas y les mandaron enterrar en seguida el cadáver que habían abandonado, so pena de correr la misma suerte.

Atemorizados éstos, se apresuraron a cumplir la orden recibida. Cavaron junto al cuerpo del mártir una fosa de un metro de profundidad, pusieron en el fondo unas ramas de boj, y allí depositaron los venerables despojos. No dejó de llamarles la atención la circunstancia de que, al caer el cuerpo en la fosa, quedase con las manos cruzadas sobre el pecho, y, en especial, que mantuviese el consabido palito formando cruz con los dedos, como se dijo antes. Echáronle encima nuevo ramaje y, seguidamente, tierra, hasta rellenar el hoyo. No quedaba de la fosa más señal visible que la prominencia que sobresalía.

La sepultura está a unos 500 metros del *Mas del Pastor*, a la orilla izquierda del camino de *Los Masos*, que empalma en Villamayor con la carretera que sube del convento a Tremp. Pertenece al término de Fontdepou.

PRELUDIO DEL TRIUNFO

Y A hemos dicho la impresión que en los enterradores del H. Crisanto produjo la postura del mártir en la fosa y, sobre todo, lo del palito entre los dedos. Pues bien: al ser exhumado el cadáver tres años y medio después—el 4 de marzo de 1940—para trasladarlo al cementerio del convento, la mano derecha apareció incorrupta,



Funerales solemnísimos, bajo la bóveda de los anchos cielos

perfectamente unida al antebrazo y formando con el palito la cruz, de la manera ya descrita.

Mucho emocionó el caso al crecido número de testigos que lo presenció: un centenar aproximadamente. Divulgado el hecho entre la gente de la región, ha contribuido a robustecer el concepto de santidad en que ya era tenido el siervo de Dios.

El virtuoso Hermano, aunque parece probable que salvó la cruz

de Profesión que ostentan sobre el pecho los Hermanos Maristas, no debió de llevarla consigo al ser citado la última vez a comparecer ante sus verdugos; y se abstuvo de hacerlo, sin duda, para evitar un sacrilegio más, pues sabido es que la gente de esa laya, si al cachear a sus víctimas encontraba algún emblema religioso, cometía las más horrendas profanaciones. De ahí que él se ingeniase para morir con la cruz salvadora, sin que sus enemigos lo advirtiesen.

Juntamente con los del santo Hermano, se habían reunido previa-



Etapas de la vida de nuestro mártir

mente los restos de otros cinco miembros de la misma comunidad, martirizados asimismo en aquella comarca. Todos ellos fueron llevados al convento. Después de un solemne funeral, celebrado al aire libre para que a él pudiera asistir la extraordinaria concurrencia de autoridades y fieles de los pueblos vecinos, los venerandos restos del H. Crisanto fueron depositados en el nicho número 96 del cementerio de dicha casa de formación, donde esperan el homenaje de las almas cristianas en tanto llega la hora de la resurrección general.

EFICAZ INTERCESOR

TAN abundantes son los testimonios sobre el valimiento que nuestro mártir ejerce en favor de sus admiradores y devotos, que la cita de los casos ocuparía muchas páginas, por sucinta que se pretendiese hacerla. Nos limitaremos, pues, a consignar algunos favores.



Familia Amorós Garrofé, que acogió bondadosa al H. Crisanto

Digamos que los actuales aspirantes del Juniorado de Santa María de Avellanas—sucesores de los por él formados—le profesan devoción señaladísima y tienen puesta en él una confianza ilimitada. Véase el fundamento en las siguientes manifestaciones, hechas con toda ingenuidad y escogidas entre muchas otras:

«Habiéndome visto cierto día invadido de una mortal tristeza que me dejó sin ánimos para nada, invoqué al H. Crisanto, y al punto, sin saber cómo, se me trocó en grande alegría.» (*Pedro Gil.*)

«Fuí presa de una infección de carácter eruptivo. Al ver que eran ineficaces las medicinas que me aplicaban, ofrecí una comunión al H. Crisanto, y a los tres días quedó mi cuerpo completamente limpio.» (*José Bartolí.*)

«En dos ocasiones distintas—25 de febrero de 1941 y 13 de julio del mismo año—, habiéndome visto atacado de una muy peligrosa tentación, invoqué al H. Crisanto y al punto se desvaneció aquélla.» (*Emiliano Gurpegui.*)

«Sufría de reuma en las piernas, hasta el punto de no poder salir de paseo ni jugar en las horas de recreación, porque se me hinchaban. Hice una novena al H. Crisanto, y me curó de tal suerte que no se me han vuelto a hinchar, por más que juegue y corra.» (*Pedro García.*)

«El día 29 de diciembre de 1940 recibí la noticia de haber sido mi casa paterna pasto de las llamas y de que un hermano mío había sufrido varias quemaduras. Me entristecí de tal modo que me sentí fuertemente movido a dejar el Juniorado y regresar al pueblo. En semejante perplejidad, comencé una novena al H. Crisanto, y al tercer día me hallé tan contento que, aunque me hubiesen ofrecido el mundo entero, no habría abandonado mi vocación.» (*Jesús Torralba.*)

«A principios de agosto de 1941 me salió una llaga en las encías y, como consecuencia, se me empezaron a mover todos los dientes de la mandíbula inferior. Ningún medicamento podía aplicarme el Hermano enfermero. Empecé una novena al H. Crisanto, y al quinto día me encontraba enteramente bien y los dientes estaban tan seguros y fuertes como de ordinario.» (*José Cortina.*)

Pero la protección del H. Crisanto se ejerce con carácter universal, que va en aumento cada día. He aquí varios casos concretos, extractados de la publicación *Flores de Martirio*:

«Mi mejor amigo se estaba muriendo. El tifus iba muy avanzado y el médico había dicho: 'Aquí no hay nada que hacer.' Aunque consternado, pensé ya en resignarme ante un desenlace fatal, en vista de que no había remedio. No obstante, pedí una estampa del Hermano Crisanto con reliquia, e inmediatamente en mi casa y en la del enfermo se empezó una novena. ¿Qué pasó?... La mejoría se inició rápidamente, y a los quince días mi amigo salía a misa completamente curado. ¿Quién duda de la acción del H. Crisanto en esta curación?» (*Andrés Salas.*)

Día 22 de febrero de 1948. El periódico *Información*, de Alicante, sorprende a la ciudad en las primeras horas con esta triste e inesperada noticia: «El señor alcalde, don Manuel Montesinos Gómiz, está gra-

visimo. Operado anoche por el doctor Gascañana de perforación del estómago e intestino, califica su estado de pronóstico gravísimo.»

Sin embargo, pocos días más tarde supimos que había entrado ya nuevamente en funciones en su elevado cargo. ¿Qué había sucedido?

Pues lo siguiente:

Uno de sus hijos, Juan Antonio, alumno del cuarto curso de Bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas de aquella capital, estuvo, mientras hacían la operación a su papá, retirado en la capilla del establecimiento—Sanatorio de Nuestra Señora del Carmen—, pidiendo, con el ardiente fervor que el cariño filial inspira, el feliz éxito

RELACIÓN DE MIEMBROS DEL TRIBUNAL DIOCESANO DE LÉRIDA
QUE HA ESTUDIADO Y DICTAMINADO FAVORABLEMENTE
LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN DEL H. CRISANTO

PRESIDENTE Y JUEZ DELEGADO	<i>Ilmo. Mons. Dr. D. Luis Borrás Perallo, canónigo.</i>
JUEZ ADJUNTO	<i>M. I. Sr. Dr. D. Manuel Pere Gómez.</i>
JUEZ ADJUNTO	<i>M. I. Sr. Dr. D. Ángel Segura Mir.</i>
PROMOTOR DE LA FE	<i>M. I. Sr. Dr. D. Manuel Arnés Encinas.</i>
PROMOTOR SUPLENTE	<i>Rvdo. Sr. Lic. D. Laureano Castán Lacoma.</i>
NOTARIO ACTUARIO	<i>Rvdo. Sr. Dr. D. Ramón Espasa Mor.</i>
NOTARIO ADJUNTO	<i>Rvdo. Sr. D. José Portal Farré.</i>
CURSOR	<i>D. Santiago Villar Suñol.</i>

NOTA. — El proceso ha sido instruido a instancias del Rvdo. Hermano Adolfo, vicepostulador de las causas de beatificación de los Hermanos Maristas mártires.

de la intervención quirúrgica, por intercesión del mártir H. Crisanto. Hasta tres veces repitió con plena fe y confianza la oración de la novena, que figura en la estampa con reliquia del siervo de Dios.

Por otra parte, la esposa del señor alcalde, doña Ana María García-Mesa de Montesinos, ha dejado consignado lo siguiente:

«Durante la gravísima enfermedad de mi marido, en uno de los momentos más desesperados, invoqué con toda fe al glorioso Hermano Crisanto, aplicando luego su reliquia en la parte operada; y lo que parecía imposible hasta para los médicos, quedó conseguido: sobrevino inmediata y gradual mejoría, hasta la completa curación.

»Agradecida a esta gracia y convencida de que por intercesión del glorioso mártir he conseguido el milagro de la salud de mi esposo, quiero que se publique, como lo prometí, y envío un donativo para

los gastos de su beatificación.» (*Ana M.^a García-Mesa de Montesinos.*) (Rubricada.)

El paciente, por su parte, se dió cuenta de su extrema gravedad y de la protección del mártir.

Cuando, al tercer día de operado, se le quiso dar el primer alimento, pidió que antes se le diera la Sagrada Comunión, como así se hizo.

«Estando mi marido en Barcelona, sufrió un ataque cerebral tan fuerte, que el doctor que le visitaba dijo a mis hijos que no duraría ni dos horas.

»En vista de esta gravedad, y en estado casi agónico, en el mismo colchón que usaba en Barcelona llegó a Alicante en el auto del hijo, quien, como médico, estaba pendiente de su padre. Le inyectaba aceite alcanforado y le renovaba el gorro de hielo que constantemente llevaba en la cabeza. Nadie creía que terminaría el viaje con vida.

»Al llegar a nuestra casa de Alicante y ver a mi esposo en estado tan gravísimo, los médicos desconfiaron de salvarle. Entonces invoqué con toda fe al glorioso H. Crisanto, coloqué su estampa con reliquia en la almohada y empecé la novena, con toda confianza y devoción. Pocos días después comenzó la mejoría, que siguió hasta la curación completa.

»Por lo que, muy agradecida a los Hermanos Maristas, y convencida de que por el glorioso mártir H. Crisanto ha recuperado la salud mi esposo, Germán Oliver, deseo se publique este hecho milagroso y acepten el donativo que envió para gastos de su beatificación.» (*Aurelia Fó de Oliver.*) (Rubricada.)

A la colegiala Carmen Artiaga, alumna de un importante centro de enseñanza de Alicante, se le perdió una cadenita de plata, con dos medallas también de ese metal, recuerdos de su nacimiento y de la primera comunión, respectivamente. No se atrevía a decirlo en casa, pero al cabo de ocho días acabó por manifestarlo. Todos lo sintieron mucho. Al fin, la abuelita dijo:

—Vamos a rezar a San Antonio, a ver si aparece lo perdido.

—No, no—replicó su nieto Santiago, hermanito de Carmen, que tenía una estampa del H. Crisanto con reliquia—: rezaremos al santo Hermano.

Y todos: abuelita, madre e hijos, se pusieron a rezarle con fervor. Ese mismo día, sube la criada a tender la ropa en la terraza, y en el lugar en que iba a dejar el caldero ve la cadena con una medalla. Quedó tanto más impresionada cuanto que los ocho días anteriores habían estado todos subiendo a la terraza y nadie había visto nada. ¡Sorpresa y alegría general!

Pero faltaba la otra medalla. Va al siguiente día la niña al colegio, y la Hermana le dice:

—Toma esta medalla, que, por las iniciales, debe de ser tuya;

me la ha entregado una niña que la ha encontrado mientras jugaba en el patio.

En efecto, era la suya. La familia no se explica ni esa separación ni ese hallazgo tan inmediato y tan raro en sus circunstancias, y agradece el favor al Hermano Crisanto.

«Encontrándose enferma de gravedad desde el día 25 de enero de 1948 Juanita Alarcón Motos, con domicilio en Murcia, calle de la Lealtad, núm. 5, 2.º, y enterada yo de que el día 6 de febrero por la noche, había recibido los Santos Óleos y el 7 por la mañana el Viático, y no existiendo, por parte de varios médicos que la asistieron, ninguna esperanza científica de librarla de la muerte, empecé, en unión de mis hijos, la novena al mártir H. Crisanto, en la que le pedía la salud de la antedicha enferma, si así convenía, tanto desde el punto de vista espiritual, como del corporal y material.

»Dió, pues, comienzo la novena el día 7 de febrero, y, a medida que iban transcurriendo los días del novenario, la enferma mejoraba, hasta el punto de que, al terminarse dicha novena, me enteré por un hermano de la enferma de que el peligro, salvo complicación imprevista, había pasado; pero que el médico les había dicho que tardaría mucho tiempo en poder salir a la calle (unos cinco o seis meses como mínimo), ya que la enfermedad que había padecido era muy grave.

»A los dos meses aproximadamente ya salía a misa los domingos, y desde el mes de mayo va todos los días.» (*Lucrecia Solá.*) (Rubricada.)



ÍNDICE

	Págs.
INVITACIÓN	5
Un hogar cristiano	7
La parejita	9
Victoria merecida	11
Un relato encantador	12
Con la sotana marista	14
Querido por todos	17
En la capital de España	19
Un testimonio elocuente	22
Consuelo de infortunados	23
El último destino	25
El martirio	28
Preludio del triunfo	34
Eficaz intercesor	35

